

La docencia: una elección de vida

Angélica Noemí Hernández Juárez

Maestrante en Investigación de la Educación. Docente en la Escuela Primaria Lázaro Cárdenas del Río. angelica.hernandez@isceem.edu.mx

Mucho se ha hablado de los retos del docente, las complicaciones con las que se enfrenta día a día, conflictos escolares, sistemas administrativos complejos e incluso desvalorización docente, sin embargo, por qué no recordar cuál es el sentido de la función que tiene el profesorado socialmente y cuál es el motivo por el que estás dentro del magisterio, ¿vocación o servicio?

Una reflexión profunda sobre lo que soy, sobre lo que hago y sobre lo que espero lograr, siempre será una tarea compleja, principalmente cuando se trata de cuestionarse si realmente estoy realizando lo correcto. A través de estas líneas, busco compartir por medio de una introspección, el sentido de la docencia para mí, en donde *ser maestra* fue una elección de vida, pero también mi forma de contribuir en la transformación del mundo, mi granito de arena.

Soy docente frente a grupo con cinco años de servicio, laboro en una escuela primaria que se encuentra dentro de la colonia en la que he vivido gran parte de mi vida y eso me ha permitido reconocermelo como una figura dentro de la comunidad, sin embargo, esto resulta tan interesante como desafiante. El hecho de que tu entorno laboral se vincule con tu vida cotidiana representa un gran reto porque todo el tiempo entras en el papel de docente, al salir a realizar compras del supermercado, al caminar por las calles, al asistir a las plazas comerciales, etcétera.

Con lo anterior no busco destacar las partes negativas de vivir cerca de tu espacio de trabajo, porque segura estoy de que hay riesgos, pretendo vislumbrar la magnitud de la tarea que tengo no sólo como docente de los estudiantes que al crecer formarán parte de esa misma comunidad y que por ende constituirán las nuevas generacio-

nes, sino como agente de cambio dentro de una comunidad en desarrollo. Hablando socialmente, es gratificante que conocidos, vecinos o familiares se acerquen a preguntarte ¿cómo le hiciste?, ¿qué tengo que estudiar para ser maestra como tú?, ¿dónde estudiaste?, etcétera, porque lejos de intentar distinguirse o sobresalir dentro de un grupo social, comparto con ellos experiencias, procesos, aprendizajes e intento motivarlos a que alcancen sus sueños, estoy convencida de que las palabras adecuadas siempre sembrarán semillas de esperanza.

Pasando a una escala micro, dentro de mi aula también incentivo a mis estudiantes a trabajar en acciones que les permitan alcanzar sus sueños, como docente, reconozco que mi tarea no se limita a los aprendizajes académicos, sino que cada palabra que escuchen trascenderá en sus vidas e impactará en sus acciones. En la escuela me esfuerzo por ser la maestra que escucha, que apoya, que guía, pero que también se interesa por lo que piensan y sienten, esto no es sencillo y en algunas ocasiones el tiempo no es suficiente para atender todas las encomiendas administrativas y curriculares, sin embargo, es importante encontrar el momento para conectar con nuestros estudiantes, recordemos que son humanos que también necesitan ser escuchados y que, en algunas ocasiones, la escuela es su único lugar seguro.

Ante estas adversidades, algunas salieron a la luz en la pandemia originada por el virus COVID-19 cuando tuvimos que aislarnos y trabajar desde casa, para solucionarlo, nos vimos en la necesidad de actuar de manera emergente, manteniendo una comunicación directa con los estudiantes y sus familias. Era una situación muy compleja en la que el alumno tenía que realizar sus trabajos en casa sin poder interactuar con sus compañeros, sin poder salir a jugar al exterior e incluso quedándose a cargo de familiares o hermanos mayores mientras su papá o mamá necesitaban trabajar fuera y con ello, se presentaron casos en que el docente nuevamente tuvo que intervenir de la mejor manera. En mi caso, recurrí a la comunicación con las familias por medio de mensajes e incluso llamadas telefónicas con los estudiantes e invitarlos a seguirse esforzando desde casa y que supieran que a la distancia, su maestra se estaba preocupando por saber de ellos, lo cual les fue muy

significativo porque aun estando en casa, se buscó la manera de que no se perdiera la comunicación.

Podría hablar de mil experiencias, pero sin el afán de hacer presunción de lo que realizo, porque sé que es lo que el magisterio vive y siente día con día, tenemos un compromiso social en que la mayoría de docentes pone todo su empeño, es nuestra labor y compromiso, sin embargo, me pregunto: ¿realmente el docente es un ser consciente de lo que realiza dentro y fuera de las aulas?, es decir, ¿el profesor reconoce su valor frente a la sociedad?, sin duda que su función es invaluable, irremplazable e insustituible, el único que necesita creerlo es el docente mismo.

Al analizar si el magisterio es parte de mi vida, con toda seguridad respondo que sí, sin duda alguna forma parte de mí y formo parte de él en un compromiso profesional basado en acciones, pero también en palabras por medio de un juramento que realicé al egresar de la escuela Normal:

“Juro, mantenerme joven defendiendo mis ideales, indómito, infatigable y creativo. Porque ser maestro; es encontrarse el hombre ante la responsabilidad del mismo hombre.”

Juramento normalista